11269

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

UNA NOCHE EN UN ROPERO.

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA.

Castillejo

MADRID.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1871.

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/unanocheenunropero

UNA NOCHE EN UN ROPERO.

OBRAS DE MISMO AUTOR.

El Tutor y la Pupila, zarzuela en un acto.
Trapisondas por celos, comedia en un acto.
La Cabeza parlante, apropósito en un acto.
La evocacion de los Espíritus, comedia en un acto.
Un Topo y un Gavilan, comedia en un acto.
Conquistas de la Gloriosa, cuadro en un acto.
Los Pretendientes y el Oso, juguete en un acto.
Una noche en un ropero, comedia en dos actos.
La Carta, comedia en tres actos.

Una noche en un ropero,

comedia en dos actos y en prosa,

ORIGINAL

DEL

LICENCIADO VIDRIERA. [pseud.]

José Luis Castillejo

SEVILLA.

FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª, Impresores de los Señores
Duques de Montpensier, calle de Tetuan, núm. 24.

1871.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante contratos internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo,* son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

Al eminente primer actor cómico
Sr. D. José Suarez.

Amigo mio: La benévola acogida que V. ha dispensado siempre á mis obras me obliga á dedicarle la presente en justo agradecimiento.

Acéptela pues, y procure con su buen talento recoger en ella innumerables aplausos á fin de que el público olvide mi atrevimiento en escribirla.

B. S. M.

El Autor.

PERSONAJES.	ACTORES.
CANUTO	Sr. D. José Suarez.
JUANA	
LUISA.	
ENRIQUE.	
ROQUE	

La accion es contemporánea y tiene lugar en la alcoba de D. Canuto.

Las indicaciones tomadas del lado del espectador.

Esta comedia fué examinada y aprobada para su representacion, por el Censor de Teatros D. Narciso S. Serra, en 5 de Mayo de 1868, y refundida después por su autor en 25 de Mayo de 1870.

ACTO PRIMERO.

La escena representa la dicha alcoba.—Puerta al fondo; á la derecha, y en primer término, una ventana; en segundo la cama de D. Canuto, con su mesa de noche y colgaduras: á la izquierda, en primer término, un ropero practicable, y en segundo una puerta.—Junto á la ventana una butaca y un velador, sobre el que habrá una luz.—Completan la escena várias sillas y muebles propios de una alcoba.

ESCENA PRIMERA.

D. CANUTO de bata y gorro, sentado en la butaca, y JUANA arreglando algunos muebles.—Suena á lo léjos una campana.

JUANA. ¿Podré saber la causa de que siempre esté usted suspirando, señor?

CANUTO. ¡Ay, Juanita! No es una causa sola. Desde que ahora un año perdí á mi esposa, lloro sin tregua mi prematura viudez. ¡Veinte años nada más estuve unido á aquella angelical criatura! *(Levantándose.)*

JUANA. ¡Ave María purísima! ¿Le parece á usted poco tiempo eso, tratándose de una señora que he oido decir tenía un génio de todos los diablos? *(Dejando el arreglo.)*

CANUTO. ¿Quién ha dicho eso? Es verdad que era viva de génio, y que en el primer pronto le tiraba á cualquiera á la cabeza lo que tenía á mano; pero, pasado aquello, se acabó.

JUANA. ¡Yá lo creo! Si con el primer pronto bastaba. ¡Qué lástima de señora!

CANUTO. ¡Sí que ha sido una lástima se haya desgraciado! ¡Po-

605059

brecita mia! ¡Se fué al otro mundo, dejando en este á su Canutito solo! *(Lloroso.)*

JUANA. ¿Solo? ¿Pues y su hija de usted?

CANUTO. Es verdad que tengo una hija, pero ella no puede llenar el vacío que su madre dejó en mi corazon. ¡Único retoño de nuestro acendrado amor, vino al mundo á los tres años de matrimonio!

JUANA. ¿Y á su sobrino de usted, no lo cuenta por nadie?

CANUTO. ¡No me hables de ese badulaque! Me horrorizo al oir pronunciar su nombre.

JUANA. Pues no le querria usted tan mal cuando le casó con su hija.

CANUTO. Es verdad, pero desde que enviudé ódio á todas las personas casadas. Una de las causas porque te conservo á tí, lo mismo que á Roque, á mi servicio, es porque son ustedes solteros.

JUANA. *(Aparte.)* ¡Si supiera que estamos casados!

CANUTO. Y hé ahí la razon por qué tengo á mi sobrino Enrique en Sevilla, separado de Luisa! No era justo que ellos riyeran miéntras lloraba yo la pérdida de su madre.

JUANA. *(Aparte.)* ¡Qué egoismo! *(Alto.)* Vamos, señor, no se aflija usted. Alguno habia de faltar ántes y le tocó á la señora. Si ella le hubiera sobrevivido, quizás á esta hora hubiera buscado quien llenára el vacío de que usted habla.

CANUTO. Todo era posible, pues yo fuí su tercer marido. ¡Pero á ninguno de los dos quiso como á mí!

JUANA. Al cuarto le hubiera querido más que á los tres anteriores.

CANUTO. Mira, Juana, dejemos esta conversacion que me afecta demasiado, y llama á mi hija, que hace tiempo están tocando al Rosario en la Parroquia. *(Juana se dirige á la puerta del fondo y llama á Luisa. La campana cesa de tocar.)*

JUANA. Señorita, señorita; venga usted, que el amo la espera para ir al Rosario. *(Bajando al proscenio.)* Pero hasta ahora, señor, no me ha dicho más que una de las causas de su afliccion. ¿Cuál es la otra? Siempre será por el estilo de la que me acaba de contar. ¡Yá se vé, como que nunca trata usted de distraerse, siempre está pensando en lo mismo! ¡Todo el dia metido en casa!

CANUTO. Como que en ella está lo único capaz de hacerme olvidar mi pena. *(Con mucha ternura.)*

JUANA. ¿De verdad? ¿Y podrémos saber lo que es?

CANUTO. ¡Ay, Juanita! No todo puede decirse. *(Misterioso.)*

JUANA. ¿Tan malo es? Vamos, señor, sea usted franco.

CANUTO. *(Con ternura.)* ¡Picaruela! ¿Qué más que tus ojos podrá hacerme olvidar á la difunta?

JUANA. ¡Jesus, señor! ¡Á su edad podria usted dar en eso!

CANUTO. ¿Tú no sabes que el corazon siempre es niño? ¡Ay, Juanita, Juanita!

JUANA. Cállese usted, que puede oirle cualquiera.

CANUTO. ¿Qué me importa? ¡Tú no sabes el extrago que tus ojos están causando en este pechito!

JUANA. Vamos, déjese usted de eso, señor.

CANUTO. ¿Cómo me he de dejar, si es mi pesadilla? *(Queriendo tomarla una mano.)* De todo soy capaz si correspondes á mi tierno amor.

JUANA. ¡Y tan tierno, que yá se pasa de maduro! *(Pugnando por desasirse.)* Vamos, estése usted quieto.

CANUTO. Escucha, Juana. No creas que pienso hacer contigo el papel de seductor. Más honestas son mis intenciones. Si tú me quieres, estoy resuelto á casarme contigo. Decídete, y no desperdicies esta ocasion.

JUANA. *(Aparte.)* ¡Si lo estuviera oyendo Roque! *(Alto.)* Pero señor, si....

CANUTO. Nada, no te pido me contestes en el momento; es negocio que debe pensarse. Pero no olvides que un partido como yo no se presenta todos los dias. *(Se dirige á la puerta del frente.)* ¡Luisa, Luisa! Vamos, hija, que hace rato han dejado en la Parroquia.

ESCENA II.

DICHOS, y LUISA en trage de iglesia.

LUISA. Aquí estoy yá, papá.

CANUTO. *(Quitándose bata y gorro.)* Ea, pues vamos. Juana, dame la levita y el sombrero.

JUANA. *(Sacándolo todo del ropero.)* ¿Ván ustedes luego de tertulia ó se vuelven derechos á casa?

CANUTO. *(Aparte á Juana miéntras toma la ropa.)* Lo que tú quieras, alma mia.

JUANA. Lo digo por saber si he de tener preparada la cena para después del Rosario.

CANUTO. *(Yá vestido y como ántes.)* ¿No te he dicho que como tú quieras, pichoncita?

LUISA. Lo mejor será que la prepares, pues yo no tengo ganas de conversacion.

JUANA. Bueno, con eso nos acostarémos más temprano que de ordinario.

CANUTO. *(Vestido y puesto el sombrero de medio lado.)* Medita bien lo que te he dicho, miéntras estoy fuera.

LUISA. ¿Y qué es ello, papá?

JUANA. *(Aparte á Canuto.)* Pero señor, ¿usted no mira...? *(Señalando á Luisa.)*

CANUTO. *(Á Luisa con mal humor.)* Á tí nada te importa. Vamos, niña, vamos. *(Llega hasta la puerta empujando á Luisa, y se vuelve atrás dirigiéndose á Juana.)*

LUISA. *(Aparte.)* ¿Qué tendrá esta noche mi padre?

CANUTO. *(Con mucha ternura.)* ¡Ay, Juanita!

(Juana dá una patada de impaciencia en el suelo y Canuto se vuelve otra vez á la puerta, tratando de disimular y haciéndole una señal de inteligencia á Juana.)

CANUTO. Nada, nada; qne esté todo corriente para cuando yo vuelva. Anda, Luisa.

LUISA. *(Al salir.)* Adios, Juana. Vamos, papá.

JUANA. Vayan ustedes con Dios. *(Se ván los otros.)*

ESCENA III.

JUANA, que vuelve al arreglo.

¡Pues está bueno el amo! ¡Vaya un amor intempestivo! ¡No en balde habia yo observado la insistencia con que me seguia á todas partes haciéndome cucamonas! Pero ¿cómo me habia yo de figurar...? Bien dicen que el amor no repara en nada. ¡Yá se vé, como el buen señor me cree doncella! Digo, ¡si supiera que estoy casada con Roque! Nos despedia á los dos sin remedio. Lo mejor será seguirle la corriente miéntras no haya peligro. *(Deja el arreglo.)* ¡Qué cansada estoy! Fortuna que yá he concluido todas mis faenas. ¡Cuidado con estar trabajando sin parar desde las seis de la mañana! ¡Qué cosa tan dura es servir á otro! *(Se sienta en la butaca.)* ¡Y qué bien se está en esta butaca! ¡Y eso que el amo es bueno, salvo su amor y sus manías! Pues ¿y la señorita? No cabe mejor. ¡Qué sueño me vá entrando! ¡No se debe dormir mal aquí! *(Empieza á dormirse.)* Los amos tardarán en volver todavía media hora; bien puedo descabezar el sueño. *(Durmiéndose.)* ¡Pero no se me puede olvidar!... ¡Jesus!... ¡Qué señor!... *(Se duerme del todo.)*

ESCENA IV.

JUANA dormida, y ENRIQUE en trage de viaje, entrando por la ventana.

ENRIQUE. Me he hartado de llamar á la puerta sin haber logrado que me oigan. La suerte que la tapia del corral

es baja y que esta ventana está abierta. Pero ¿qué miro? ¿Quién duerme allí? *(Aproximándose.)* ¡Es Juana! ¡Bien guardada tiene mi tio su casa! Bien empleado le está, siquiera por lo bárbaro que es. ¡Mire usted que es ocurrencia separar un matrimonio al mes de celebrado! ¡Es decir, cuando se está en lo más crítico! Once meses hace que no le puedo hablar á mi mujer por más diligencias que hago para ello; pero hoy vengo resuelto á todo. Me es imposible seguir viviendo á gusto de mi tio.

ROQUE. *(Dentro.)* ¡Juana! ¡Juana!

ENRIQUE. ¿Quién llamará á Juana? *(Asomándose á la puerta.)* Es Roque, el criado de confianza de mi tio. Yá que he podido entrar sin que nadie me vea, me ocultaré hasta el momento oportuno de presentarme. Pero ¿en dónde? *(Mirando al rededor.)* Aquí. *(Entra en el ropero.)*

ESCENA V.

DICHOS y ROQUE.

ROQUE. ¡Juana! ¡Juana! ¿Qué diablos haces? ¡Toma, pues si está durmiendo!

JUANA. Hijo, no podia con mi cuerpo. Estoy tan cansada con las faenas de todo el dia, que cuanto me siento me duermo.

ROQUE. Pues hazte el cargo, mujercita mia, que á mí me sucede lo mismo.

ENRIQUE. *(Desde el ropero.)* ¿Qué escucho?

ROQUE. Por cierto que entre sueños me pareció que llamaban, más he ido á la puerta y no he visto á nadie.

ENRIQUE. Y me alegro, pues hubiera perdido esta conversacion, que puede ser interesante.

JUANA. Pues yo no he oido nada. Mira, prepáralo todo para la cena, que los amos no pueden tardar.

ROQUE. Si he de hacer esa faena con gusto, dame un abrazo ántes. *(Queriendo dárselo.)*

ENRIQUE. ¡Malo! Esta gente no quiere desperdiciar el tiempo.

JUANA. *(Desviando á Roque.)* ¡Quita, hombre, lugar habrá para eso!

ROQUE. ¿Y cuándo, si tenemos que disimular que estamos casados para que el amo no nos despida?

ENRIQUE. ¿No dije que la conversacion podia ser interesante?

JUANA. Es verdad, Roque. ¿Cuándo querrá Dios que termine esta situacion? Siempre que viene algun desconocido á ver al amo, me parece que es para descubrirnos y tiemblo.

ENRIQUE. ¡Mire usted por dónde el bueno de mi tio no logra su manía de vivir entre solteros!

ROQUE. No seas tonta. El único que puede descubrirnos es el señor Cura, y tú sabes lo que se interesa por nosotros. Fuera de ese, nadie lo sabe.

ENRIQUE. ¡Te equivocas, buen Roque! Lo sé yo y no caerá en saco roto.

JUANA. Vamos, déjate de charlar tanto y prepara la cena.

ROQUE. En verdad que me habia olvidado de ella.

JUANA. Pues mira que vá siendo tarde y los amos no pueden tardar.

ROQUE. Dame ese abrazo y me voy.

JUANA. Dale; ¿no te he dicho que lugar hay?

ROQUE. Y yo te repito que no haré nada si no me lo dás.

JUANA. Pobre porfiado saca mendrugo. Tómalo y anda. *(Se abrazan y se vá Roque.)*

ESCENA VI.

JUANA, y ENRIQUE saliendo del ropero.

JUANA. ¡Pobre Roque! ¡Con qué cuidado tiene que andar para hacerle una caricia á su mujer!

ENRIQUE. Y que no siempre logra hacérsela á solas.

JUANA. *(Asustada.)* ¡Dios mio, un hombre! ¡Socorro! ¡Ladrones!

ENRIQUE. Calla, muchacha. ¿No me has conocido?

JUANA. *(Reponiéndose.)* ¡Es verdad! ¡Pues si es el señorito Enrique! ¿Cómo se ha atrevido usted á contrariar las órdenes de su tio?

ENRIQUE. Del mismo modo que tú y Roque.

JUANA. ¡Cómo! ¿qué quiere usted decir?

ENRIQUE. Nada: que estaba allí escondido miéntras te abrazaba tu....

JUANA. ¡Cállese usted por Dios, y no me pierda!

ENRIQUE. Si prometes ayudarme en lo que intento, no temas nada. ¡Pero si no...! *(Amenazando.)*

JUANA. Cuente usted conmigo para todo.

ENRIQUE. ¿Sea lo que sea?

JUANA. ¿De qué se trata?

ENRIQUE. De que Luisa se venga conmigo esta noche.

JUANA. ¿Y qué dirá el amo?

ENRIQUE. Lo mismo que si yo le cuento *(con indiferencia)* que tú y Roque se han....

JUANA. *(Suplicando.)* ¡Por Dios, señorito!

ENRIQUE. Pues no me hagas objeciones.

JUANA. ¿Pero no le he dicho que á todo estoy dispuesta?

ENRIQUE. Corriente. Dime dónde están ahora Luisa y su padre.

JUANA. Se fueron al Rosario, como de costumbre. ¿Tiene la señorita noticias de su venida de usted?

ENRIQUE. No me atreví á escribirle por temor de que la carta fuera á parar á manos de mi tio.

JUANA. Y así hubiera sucedido, pues le ha dado órden á Roque que todo papel que venga á la casa se lo entregue, sea para quien sea.

ENRIQUE. Pues apesar de todo, como tú me ayudes se acaba esta noche mi separacion de Luisa.

JUANA. ¿Y en qué se funda el amo para tenerles separados?

ENRIQUE. En una barbaridad. Dice que no es justo que miéntras él llora la pérdida de su mujer, nosotros estemos embebidos en las dulzuras del matrimonio.

JUANA. ¡Qué desatino! Algo de eso me ha dicho.

ENRIQUE. Para que tú te enteres: en esta mania hay mucho de envidia y no poco de egoismo. Cuando pasaron los dias de riguroso luto, con el pretexto de que me acreditára en mi carrera me mandó á Sevilla con un amigo suyo boticario á fin de que bajo sus auspicios adquiriese alguna clientela. Desde entónces, por más gestiones que he hecho, no he podido conseguir me levante tan arbitrario destierro, y hoy vengo resuelto á todo, con tal de no estar más tiempo separado de Luisa.

JUANA. Y ¿con qué ván ustedes á mantenerse, si se separan del amo, no contando con más capital que su proteccion?

ENRIQUE. Eso es cuenta mia. Logre yo mi objeto, que luego nada nos faltará.

JUANA. Pues si á todo está usted dispuesto, soy de opinion de que se oculte hasta que llegue el momento de obrar. Yo prevendré á la señorita de su venida, y entre las dos idearémos el modo de burlar al amo.

CANUTO. *(Dentro.)* Vaya una calma. *(Muy incómodo.)*

ENRIQUE. *(Sobresaltado.)* ¡Ahí está mi tio!

JUANA. *(Id.)* Yá no puede usted salir de aquí sin que le vea.

ENRIQUE. ¿Y dónde me oculto? *(Todo vivo hasta el fin.)*

JUANA. En el ropero, que en habiendo proporcion yo vendré á sacarle de él.

ENRIQUE. Cuento contigo. Cuidadito.... *(Amenazando.)*

JUANA. Pierda usted cuidado. Lo dicho, dicho. *(Enrique se mete en el ropero y Juana se pone á componer la cama.)*

ESCENA VII.

JUANA, CANUTO, LUISA y ROQUE.

CANUTO. ¡Vaya una ocurrencia! ¡Dormirse á la hora más crítica!

ROQUE. Si no estaba dormido.

CANUTO. Entónces ¿por qué no me oias llamar?

ROQUE. Porque estaba en el comedor preparándolo todo para la cena.

CANUTO. Pues ¿y Juana? *(Pone el baston en la cama.)*

JUANA. Yo estaba acabando de arreglar su alcoba de usted, para que la encontrára lista á su vuelta.

CANUTO. *(Á Roque.)* Que no vuelva á suceder otra, ¿estamos? *(Siguen haciendo los dos que hablan.)*

JUANA. *(Ap. á Luisa.)* ¡Tenemos que hablar de don Enrique, señorita!

LUISA. *(Id.)* ¿De Enrique? ¿qué sabes de él?

JUANA. *(Id.)* Que ha venido y que está oculto en casa.

LUISA. *(Id. alto y agitada.)* ¿Es verdad lo que dices?

JUANA. (*Ap. á Luisa.*) Disimule usted, luégo hablarémos.

ROQUE. *(Alto á Canuto.)* ¡Pero si yo no he tenido la culpa!

CANUTO. Calla y vete á cerrar la puerta de la calle, que yá nadie tiene que venir. De camino puedes dar una vuelta y registrar toda la casa. Tú, niña (*á Luisa*), vete á mudar de trage para que cenemos. Juana, dame la bata y el gorro. (*Se ván Roque y Luisa por la puerta del frente.*)

ESCENA VIII.

CANUTO, ENRIQUE y JUANA.

JUANA. (*Dándole la bata á Canuto.*) Ande usted pronto, que tengo que poner la cena en la mesa. (*Se queda con el gorro.*)

CANUTO. (*Tomándola.*) ¿Has pensado bien lo que te dije ántes? (*Siempre de espaldas al ropero.*)

JUANA. Yá le he dicho á usted que se deje de eso.

CANUTO. ¿Cómo quieres que lo deje, palomita, si todo el dia tengo mi cabeza ocupada contigo? (*Se quita la levita, se la dá á Juana y se pone la bata. El sombrero lo tendrá puesto.*)

ENRIQUE. (*Desde el ropero entreabierto.*) ¡Hola, hola! Este ropero es una alhaja.

CANUTO. No seas tirana, Juanita; accede á mis deseos. (*Queriendo tomarla una mano.*)

JUANA. Estése usted quieto, señor, y no sea porfiado.

ENRIQUE. (*Como ántes.*) Como tome proporciones el asunto, salgo y armo una que vá á ser sonada.

CANUTO. ¡Tú no sabes lo que yo te quiero!

JUANA. Pues hace usted mal, porque yo no me acuerdo de usted para nada.

CANUTO. ¿Será posible, hermosa niña?

ENRIQUE. Pero ¡qué decidido está el hombre! (*Saliendo con mucho cuidado del ropero.*) Voy á ver si puedo escurrirme de aquí, aprovechando su distraccion.

JUANA. (*Viendo á Enrique.*) ¡Dios mio, el señorito! (*Alto.*) Si me sigue usted hablando de ese modo, tiro la ropa y me voy.

CANUTO. ¿No llegaré nunca á ablandar ese corazoncito?

ENRIQUE. (*Ap.*) ¡Ah, señor tio! ahora verás lo que son amores.

CANUTO. Mírame á tus plantas, amor mio. Tén piedad de mí. (*Enrique se lanza de pronto sobre Canuto y le mete el sombrero hasta los hombros, huyendo por la puerta general, mas se vuelve al sentir á Roque y se mete en el ropero. Juana tira la ropa y huye.*)

JUANA. ¡Ah, huyamos! (*Váse.*)

CANUTO. ¡Canastos! ¿qué es esto? (*Pugnando por sacar el sombrero.*)

ENRIQUE. Yá viene aquí Roque. ¡Voto al demonio! Está de Dios que yo no pueda salir de este mueble. (*Entra en el ropero y cierra.*)

ESCENA IX.

CANUTO y ROQUE.

(*Al lograr Canuto sacarse el sombrero, ve á Roque que se está riendo. Tira el sombrero sobre la cama muy enfadado, coje el gorro y se lo pone.*)

CANUTO. ¿De qué te ries, bárbaro?

ROQUE. De ver el modo nuevo que ha echado usted de ponerse el sombrero.

CANUTO. ¿Con que de eso, eh? (*Ap.*) ¿Si habrá sido este? (*Cogiendo la levita y poniéndola sobre la cama.*)

ROQUE. ¡Pues si estaba usted pataleando como un gallo colgado por el pescuezo!

CANUTO. (*Arrimándose á la cama poco á poco y cogiendo el baston de pronto.*) ¿De verdad? Ahora lo verás, tunante.

ROQUE. (*Huyendo de Canuto, que le pega.*) ¡Ay, ay! Pero ¿por qué me pega usted, señor?

CANUTO. *(Parándose.)* ¿Que por qué te pego, pícaro? ¿Quién me ha metido el sombrero hasta los hombros?

ROQUE. ¡Qué sé yo! Pregúnteselo usted á Juana, que salió de aquí cuando yo entraba.

CANUTO. Juana no fué y aquí no han estado más que tú y ella.

ROQUE. Y ¿habia yo de atreverme....? *(Haciendo señal de apabullarle el sombrero.)* ¿A qué venia eso?

CANUTO. Eso mismo digo yó. *(Ap.)* Me parece que éste no ha sido. *(Alto.)* Pues entónces ¿quién me ha....? *(Repitiendo la señal de Roque.)*

ROQUE. Quizás tenga eso relacion con lo que he visto en el corral.

CANUTO. ¿Tú? Esplícate, ¿qué has visto de nuevo?

ROQUE. Justamente venía á decírselo, cuando su sombrero de usted se interpuso para hacérmelo olvidar todo: y luégo esos palos....

CANUTO. Yá pasó, hombre. Fué un pronto, dispénsame.

ROQUE. Sí; después que sin motivo me ha hecho polvo las costillas.

CANUTO. Vamos, toma ese napoleon y serénate. *(Se lo dá y aquél lo mira y se lo guarda.)* Cuéntame lo que has visto.

ROQUE. Yá esto es otra cosa. A este precio puede usted darme algun palito de vez en cuando. Pues señor, he visto en el corral, que aún está húmedo con la lluvia de esta mañana, unas pisaditas que parecen las de un borriquillo chico.

CANUTO. ¡Serán las tuyas, hombre! Si en la casa no entra más borrico que....

ROQUE. Usted dirá lo que quiera, pero esas pisadas que digo no son mias. ¡Si conoceré yo mis pisadas!

CANUTO. A ver, hombre, acompáñame, quiero cerciorarme de lo que dices. De camino volverémos á registrar toda la casa.

ROQUE. Vamos, señor; verá usted como es verdad lo qué digo. *(Se ván los dos.)*

ESCENA X.

ENRIQUE y á poco LUISA.

ENRIQUE. ¡Jesus! ¡no puedo más! ¡me ahogo dentro de ese mueble! Sólo faltaba que nos descubrieran, y se lo llevaba todo la trampa. ¡Bruto de Roque! Comparar mis pisadas, las pisadas de todo un médico libre, con las de un borriquillo! Yá me las pagarás todas juntas! Dios te libre de un resfriado.

LUISA. *(Entrando.)* ¡Enrique!

ENRIQUE. ¡Luisa mia! Aquí estoy, dispuesto á todo, para no estar más tiempo separado de tí. ¡Tú no sabes lo que estoy sufriendo desde que mi tio me mandó á Sevilla!

LUISA. ¿Pues y yó, Enrique? ¿Crees tú que yo no padezco tambien?

ENRIQUE. Entónces, abandona esta casa, como único medio de salvar una situacion tan penosa para los dos.

LUISA. ¿Y he de dejar solo á mi padre?

ENRIQUE. ¿Y no es él el que nos separa? Además,no te apures, que él está yá buscando una compañera.

LUISA. ¿Qué quieres decir con eso?

ENRIQUE. Más tarde te lo explicaré, si la casualidad no te lo descubre ántes. Tú lo que has de hacer es fiarte de tu esposo, el único que tiene derecho á velar por tí, y con quien tú debes estar.

LUISA. Es verdad, Enrique. Pero si nos separamos de mi padre ¿qué vá á ser de nosotros?

ENRIQUE. No temas; yá le haré yó á mi señor tio que nos entregue la legítima de tu difunta madre.

LUISA. Pero ¿cómo burlar la vigilancia de mi padre?

ENRIQUE. Nada más fácil. Oculto esperaré á que todos se entreguen al sueño, y entónces Juana nos abrirá la puerta y huirémos á Sevilla. Todo lo tengo preparado para nuestra fuga.

LUISA. ¿Y si nos sorprenden en el acto, qué se dirá?

ENRIQUE. Nadie puede criticar á la mujer que hace cuanto puede por vivir unida á su marido. ¿Te conviene mi plan?

LUISA. Haré cuanto tú quieras. Pero ocúltate; siento los pasos de mi padre, y si nos sorprende todo está perdido.

ENRIQUE. Tienes razon, adios; pronto saldrémos de tantos temores.

LUISA. Entra pronto en el ropero, que yá se acercan. Hasta luégo. *(Váse.)*

ENRIQUE. ¡Ah, señor tio! pronto pesarán sobre usted las consecuencias de su modo de obrar con nosotros. *(Entra en el ropero.)*

ESCENA XI.

CANUTO y ROQUE.

ROQUE. ¿Se ha convencido usted, señor?

CANUTO. Sí, hombre. Pero no son las pisadas de un burro; ántes bien parecen de una persona decente.

ROQUE. ¡Toma! como ví que no se parecian á las mias, dije:

pues que no son las pisadas de un hombre, serán las de algun animal.

CANUTO. ¡Es particular! Esas pisadas se dirigen desde la tapia á la ventana, y en uno y otro sitio hay señales de escalamiento.

ROQUE. Pues dentro de la casa no hay alma viviente. Bien lo ha visto usted.

CANUTO. Entónces, ¿quién me metió el sombrero hasta el cuello? Estoy seguro que fué el autor de esas pisadas.

ROQUE. Puede que tenga usted razon, señor; pero ¿por dónde se fué que yo no le ví salir de esta alcoba?

CANUTO. Eso es lo que me confunde. *(Reflexionando.)* ¡Hombre, se me ocurre una idea! ¿Sabes tú si Juana tiene novio? Quizás esas pisadas....

ROQUE. ¿Juana? ¡Jesus! ¡qué barbaridad!

CANUTO. *(Enfadado.)* ¿Qué significa eso? ¿Qué tendria de particular que una muchacha bonita tuviera novio? Yo sé de uno que en cuanto le diga sí, se casa con ella.

ROQUE. ¿Qué dice usted? *(Alarmado.)*

CANUTO. Lo que oyes.

ROQUE. ¡Eso lo verémos! ¡Miéntras yo viva, no permitiré...!

CANUTO. ¿Cómo que no permitirás? Pues ¡tendria que ver! ¡Ni que tú fueras el padre ó el marido de Juana!

ROQUE. ¡Yo soy lo que soy; y le juro á usted que como pesque al pretendiente de Juana...! ¡Pues no faltaba más!

CANUTO. ¡Me parece que te tomas demasiado interés por Juana! *(Aparte.)* ¿Si será su novio? *(Alto.)* Oye, explícame por qué te tomas tanto interés....

ROQUE. ¡Si yo no me tomo interés! pero....

CANUTO. ¿Pero qué? ¡acaba!

ROQUE. ¡Como dice usted que hay quien quiere casarse con ella...!

CANUTO. Bien, ¿y qué? Todo sea que ella quiera.

ROQUE. Es que ella no puede querer.

CANUTO. Pero ¿por qué, animal?

ROQUE. Porque yá está casada. *(Aparte.)* Se me fué.

CANUTO. *(Sorprendido.)* ¿Cómo casada?

ROQUE. Nó, no fué eso lo que quise decir, sino que está para casarse con una persona á quien yo quiero mucho.

CANUTO. *(Aparte.)* Eso lo dirá por mí sin duda. *(Á Roque, en tono malicioso, dándole unas palmaditas en la espalda.)* ¡Hola! ¿yá sabes eso? Las mujeres no pueden tener un secreto guardado mucho tiempo.

ROQUE. *(Alarmado.)* ¿Qué dice este buen señor?

CANUTO. ¿Te lo ha confiado ella, eh? Eso quiere decir que accede á mi peticion.

ROQUE. Pero ¿qué está usted hablando?

CANUTO. Que he resuelto casarme, Roque.

ROQUE. ¿De verdad? Pues me alegro. *(Aparte.)* Con eso cesará la prohibicion que hay en esta casa.

CANUTO. ¡Y tanto, inocente Roque, y tanto! ¡En cuanto me dé su blanca mano la hechicera Juanita...!

ROQUE. *(Muy admirado.)* ¡¡Juana!!

CANUTO. *(Incómodo.)* Sí, hombre. ¿De qué te admiras? ¿Porqué tienes esa bocaza abierta? ¿Te parezco quizás viejo para ella? Aún estoy robusto, y tengo suficiente dinero para hacerla feliz.

ROQUE. ¿Pero de verdad se vá usted á casar con Juana?

CANUTO. ¡Dale, bola! Yá me vás cargando. ¿No te he dicho que sí, majadero?

ROQUE. Pues ¿y yó?

CANUTO. ¡Cómo ¿y yó? tunante! ¿Te has atrevido á poner los ojos donde los ha puesto tu amo? ¡Yá me lo temia yo! Vuelve á decir una palabra y sales de mi casa para siempre. *(Cogiendo el baston.)*

ROQUE. ¡Pero señor, óigame usted!

CANUTO. No oigo nada sobre el particular.

ROQUE. ¡Es que yo estoy primero que usted!

CANUTO. ¡Roque! ¡Roque!... *(Muy incómodo.)*

ROQUE. Pero si es verdad, ¿por qué no lo he de decir? *(Id.)*

CANUTO. ¿Sí? Pues yo te haré callar. *(Le dá con el baston.)*

ROQUE. *(Huyendo.)* ¡Ay! ¡Socorro! ¡Que me mata el amo!

ESCENA XII.

DICHOS: JUANA y LUISA.

JUANA. ¿Qué pasa aquí, que tales voces dá Roque?

CANUTO. *(Soltando el baston.)* Nada; que éste es un alborotador. Se asustó porque creyó oir pisadas ahí fuera. *(Aparte á Roque.)* Como digas la verdad te despido.

ROQUE. *(Aparte.)* Éste lo que quiere es quedarse sólo con mi mujer.

JUANA. *(Aparte.)* ¿Qué misterio será este? Roque no es tan asustadizo.

CANUTO. Juana, ¿está la cena?

JUANA. ¡Hace un siglo, señor!

CANUTO. Ea, pues vámonos á cenar, y en seguidita á la cama, que yá es muy tarde.

LUISA. Vamos, papá. *(Se ván todos ménos Roque.)*

ESCENA XIII.

ROQUE.

Me he quedado frio con el capricho del amo. ¡Cuidado que al diablo no se le ocurre otra! Comprendo que la cosa es imposible; ¡pero como las mujeres son tan

aficionadas á que las mimen y las regalen! ¡Hum! Mal me huele esto. ¡Como todos ignoran que Juana está casada! Si hiciéramos vida matrimonial no sucederia esto. ¡Que no me gusta el capricho del amo, ea! Al fin, aunque viejo, es hombre.... ¡Roque, ojo alerta, que el que pestañea pierde! Lo mejor será, aunque nos despidan á los dos de la casa, descubrirle al amo la verdad; quizás entónces se contenga. Entretanto estaré alerta, y en cuanto vea alguna cosa que ataque á mi honra, garrotazo limpio. *(Váse.)*

ESCENA XIV.

ENRIQUE, saliendo del ropero.

¡Gracias á Dios que me dejan solo! ¡Jesus! estoy sudando á mares y los huesos me duelen desesperadamente. ¡Como que no puedo ni respirar ni moverme en ese maldito mueble! Aprovechemos esta ocasion para ocultarnos en alguna otra parte. *(Registra la otra puerta, que estará cerrada.)* Aquí no puede ser, está cerrada. Si yo pudiera deslizarme hácia la cocina, tomaria alguna cosa. Desde esta mañana no pruebo bocado. Procuraré llegar hasta allá sin ser visto y con el menor ruido posible. *(Se dirige á la puerta y retrocede.)* ¡Voto al demonio! Yá viene aquí toda la familia. Vuelta al dichoso mueble. *(Entra en el ropero.)*

ESCENA XV.

CANUTO, JUANA, LUISA y ROQUE.

CANUTO. Ea; yá que hemos cenado, cada mochuelo á su olivo y á dormir. Roque, ántes de acostarte dá otra vueltecita por la casa. Los tiempos están malos y el pueblo me hace con dineros. Y luego, yá sabes....

LUISA. ¿Qué sucede para tomar tantas precauciones?

CANUTO. ¡Friolera! se han descubierto en el corral unas señales sospechosas de alguien que ha entrado en la casa.

LUISA. *(Aparte.)* ¡Dios mio! ¿si sabrá la venida de Enrique?

JUANA. ¡Con que el que haya entrado se haya ido por el mismo camino que trajo...!

CANUTO. Sin embargo, bueno es estar alerta. Hoy le roban á uno el aliento ántes de respirar.

ROQUE. Anoche le quitaron al vecino la capa en un decir Jesus.

LUISA. ¡Me dán ustedes miedo con lo que dicen! Si estuviera Enrique con nosotros, no estariamos con tanto susto.

CANUTO. ¡No me nombres al perillan de tu marido! ¡Le odio!

LUISA. Pero ¿qué mal le ha hecho á usted?

CANUTO. ¡Ahí es nada! ¡Estar casado, miéntras yó....! Mira, vete á acostar, que yá es tarde.

LUISA. Buenas noches, papá. Si se le ofrece á usted algo me llama. *(Al ropero, aparte.)* Adios, Enrique, hasta luégo.

CANUTO. Tú, Roque, anda á dar esa vuelta y á dormir.

ROQUE. *(Aparte.)* ¡Vaya un empeño en quedarse á solas con Juana! ¡Aquí hay gato encerrado! Observaré. *(Alto.)* Buenas noches, señor.

CANUTO. Adios, Luisa. Adios, Roque. Que ustedes duerman bien. *(Se ván Luisa y Roque.)*

ESCENA XVI.

CANUTO y JUANA.

CANUTO. Estaba deseando que nos dejáran solos, pichoncita.

JUANA. Es que yo tambien me voy. ¿Quiere usted algo ántes que me acueste?

CANUTO. *(Procurando tomarle una mano y muy cariñoso.)* ¡Quisiera tanto, alma mia!

JUANA. ¿Se quiere usted estar quieto y no decirme esas cosas?

CANUTO. Pero ¿qué has decidido al fin? Roque me ha dado á entender que tú le habias dicho no estabas léjos de consentir en nuestra union.

JUANA. *(Admirada.)* ¿Roque? *(Aparte.)* ¡Dios mio, qué atrocidad!

CANUTO. Sí, Roque; y yo se lo he declarado todo, porque sé que se le puede confiar cualquier secreto.

JUANA. *(Aparte.)* ¡Vírgen Santísima! ¡Bueno se habrá puesto Roque! Me voy, no se arme aquí algo muy gordo. *(Hace que se vá y la detiene Canuto.)*

CANUTO. Pero ¿adónde vás, Juanita? ¿Será posible que no me digas de una vez lo que has decidido?

JUANA. Señor, no me detenga usted más, que si Roque ve que estoy aquí mucho tiempo, puede maliciarse lo que no existe.

CANUTO. ¿Y á tí qué te importa Roque? ¡No me lo nombres otra vez, ó le despido!

JUANA. *(Aparte.)* Esta es otra; ¡y que no pueda una hablar! *(Alto.)* A mí no me importa nada Roque; pero yá ve usted, si la gente dá en murmurar....

CANUTO. Tienes razon; bueno es guardar las apariencias. Vete, pero con una condicion.

JUANA. Acabe usted, de hablar.

CANUTO. Que en estando todos dormidos vuelvas para terminar nuestro asunto.

JUANA. Corriente. *(Aparte.)* ¡En saliendo yo de aquí...!

CANUTO. Pues adios, paloma mia. Miéntras tú vuelves, yo me quedaré pidiéndole á Morfeo extienda sus alas sobre todos los de la casa.

JUANA. *(Aparte.)* Tú sí que eres feo. *(Alto.)* Buenas noches, señor; que usted duerma bien.

CANUTO. Me será imposible cerrar los ojos, miéntras no me digas definitivamente si he de ser feliz ó desgraciado. *(Váse Juana.)*

ESCENA XVII.

CANUTO.

(Se pone á arreglar la cama, colocando la levita, baston y sombrero en una silla.) Pues señor, me parece que la chica acepta mi amor y mi mano. Aún resiste algo, pero eso es hijo de su virginal pudor. ¡Ah, tunante Canuto, y qué feliz vás á ser todavía en este mundo! En proponiéndome yo una cosa, no hay remedio. ¿Cómo habia de poder resistir mi persuasivo lenguaje esa inocente? Si la difunta levantára la cabeza, ¿qué no diria al ver mi resolucion? ¡Cómo me queria la infeliz! *(Empieza á desnudarse.)* Cuando alguna vez mis negocios me llamaban á Sevilla, me decia á la vuelta: ¡Ay, Canutito! ¡Tú no sabes las noches tan crueles que he pasado en tu ausencia! ¡Cuánto miedo he tenido! No te apartarás más de mí, ¿verdad, ángel mio? ¡Pobrecilla mia! Se fué al otro mundo, dejando grabados en mi corazon dos dias que no olvidaré jamás: el de nuestra boda y el de su entierro. *(Se mete en la cama.)* Ajajá... ¡Qué blanda está, pero qué solitaria! Como Juana me dé el *sí*, no tardo tres dias en casarme. *(Apaga la luz, que habrá puesto sobre la mesa de noche. Pausa. Se queda dormido y á poco sueña.)*

ESCENA XVIII.

CANUTO y ENRIQUE.

ENRIQUE. ¡No puedo más! ¡Me ahogo! Mi tio duerme á pierna suelta y no hay miedo de que me sienta.

CANUTO. *(Soñando, con voz apagada.)* ¡Socorro! ¡Socorro!

ENRIQUE. *(Sorprendido.)* ¿Qué? *(Se acerca á la cama de Ca-*

nuto y lo observa.) ¡Toma! está soñando. ¡Y cómo se revuelve en la cama! Escurrámonos ántes que despierte. *(Como la escena estará á oscuras, en el momento de ponerse en marcha tropieza con una silla produciendo algun ruido.)* ¡Por vida de..! ¡Que no pueda andar por esta alcoba sin tropezar! ¡Está todo tan oscuro! ¡Yá mi tio se habrá despertado! *(Desde que sonó el ruido, Canuto se habrá sentado en la cama medio dormido y sofocado.)*

CANUTO. ¡Que me asesinan! ¡Favor! ¡Mi mujer!

ENRIQUE. Volvámonos otra vez al ropero ántes que encienda luz y me vea. *(Se mete en el ropero, miéntras Canuto con fósforos enciende la luz.)*

CANUTO. *(Mirando á todos lados.)* ¡Calle! ¡pues si estoy solo! No suena ni una mosca, todo ha sido un sueño. ¿Pues no se me figuró que mi difunta habia resucitado para oponerse á mi boda con Juana, y que trataba de ahogarme de coraje? ¡No me quiero convencer que á la cama no deben traerse malos pensamientos!

ENRIQUE. *(Desde el ropero, que habrá dejado entreabierto, y aparte.)* ¡Mire usted qué buena memoria conserva de su mujer el bueno de mi tio!

CANUTO. ¿No hubiera sido un dolor, con su resurreccion, inutilizar los siete meses que llevo de luto? Fortuna que todo ha pasado en sueños.

ENRIQUE. *(Como ántes.)* ¡No sabes tú lo que te aguarda en despertando!

CANUTO. En cuanto me case con Juana, me gasto los diez mil duros que tengo guardados en el cajoncito del ropero, en darle una vuelta á Europa; y no vuelvo al pueblo, hasta que no haya olvidado completamente á mi primera mujer.

ENRIQUE. *(Como ántes, pero á media voz.)* ¡Me parece que esos diez mil duros me los gasto yo con Luisa, querido tio!

CANUTO. *(Admirado.)* ¿Eh? ¿Me pareció que alguien habia hablado por aquí? ¿Será un efecto del sueño, ó Juana que acudirá á la cita? Bueno será vestirse por si acaso. *(Se levanla y se pone sólo la bata y el gorro. Apaga la luz y se dirige á la puerta. Enrique deja el ropero).*

ESCENA XIX.

CANUTO, ENRIQUE, JUANA y LUISA.—La escena presente, y hasta el final del acto, deben tener lugar completamente á oscuras, y todos andarán vacilando, con los brazos extendidos y muy despacio.

ENRIQUE. *(Aparte.)* Razon tiene mi tio, en que Juana no debe tardar, pero nó en su busca como él se figura.

JUANA. *(Entrando.)* Vamos, señorita, que yá es hora de sacar á don Enrique del ropero y huir.

LUISA. *(Idem.)* Guia tú, Juana.

CANUTO. Se me figura que siento gente hácia la puerta; Juana debe de ser.
(Juana se dirige al ropero y tropieza con Enrique. Canuto á la puerta y se encuentra con su hija á quien toma una mano.)

JUANA. Irémos con tiento para no tropezar. ¡Ah!

ENRIQUE. ¿Eres tú, Juana?

JUANA. La misma; ande usted pronto, ántes que despierte el amo. *(Se dirigen los dos hácia la puerta.)*

CANUTO. Por aquí debe andar quien sea. ¡Yá la pillé!
¡Qué peligro corre mi honestidad en este momento!
¡Juanita! dame tu mano, no vayas á tropezar. *(Se la coge y tira de ella.)*

LUISA. ¡Dios mio! ¡mi padre! ¿cómo salir de esta situacion?
(Forcejea con su padre y logra desasirse.) ¡Huyamos, ántes que me coja otra vez! *(Se dirije á la puerta, donde encuentra á Juana y Enrique.)*

JUANA. ¿Está usted ahí, señorita?

LUISA. Sí, aquí estoy: ¿y Enrique?

ENRIQUE. A tu lado, esposa mia.

LUISA. Pues huyamos, que mi padre está levantado.

CANUTO. *(Que andará buscando con los brazos.)* ¿Dónde te has ido, alma mia? *(Se ván todos, ménos Canuto.)*

ESCENA XX.

CANUTO, y á poco ROQUE.

CANUTO. ¡Juanita! ¡Juanita! ¿hácia qué lado estás?

ROQUE. *(Entrando con mucho tiento y con una vara en la mano.)* Vengo del cuarto de Juana y no está en él.
¿Dónde se habrá metido esa infame? ¡Como salga cierto lo que me figuro...!

CANUTO. Hácia este lado siento pasos. ¡Juanita!

ROQUE. Alguien se me acerca por este lado. Atencion.

CANUTO. *(Tomando á Roque por el brazo izquierdo, pero volviéndole la espalda.)* ¡Te cogí, tunantilla!

ROQUE. *(Al sentirse cogido, sacude unos cuantos varazos á Canuto.)* ¡Ah infame, y yo á tí! ¡Toma!

CANUTO. ¡Ay! Dios mio ¿qué es esto? ¡Socorro! ¡Ladrones!

ROQUE. ¡Pues si le he sacudido al amo! ¡Jesus me ampare! ¡Huyamos! *(Canuto huye por la derecha, y Roque por la izquierda, perdido el tino, y al dar la vuelta se encuentran los dos de frente, tropieza el uno con el otro, y caen al suelo.)*

CANUTO. ¡Ay! ¡muerto soy! *(Cae.)*

ROQUE. ¡Uff...! ¡Me atrapó! *(Idem.—Telon rápido.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion que el anterior.—Es por la mañana.

ESCENA PRIMERA.

ROQUE y JUANA arreglando la alcoba.

ROQUE. Desengáñate, Juana: es imposible que sigamos más tiempo en esta casa. El dia ménos pensado, el amo se entera de que yo fuí el que le dí de palos anoche y yá estamos aviados. Además, el amo está muy encandilado contigo, y eso no me acomoda.

JUANA. Y aunque lo esté ¿qué tienes tú que temer de un viejo?

ROQUE. Dejémonos'de eso, Juana; donde ménos se piensa salta la liebre: y el que busca el peligro en él perece. El amo, aunque viejo, es hombre.

JUANA. Y tú, aunque muchacho, eres un animal.

ROQUE. ¡Mujer, tengamos la fiesta en paz!

JUANA. ¿Cómo he de estar en paz contigo cuando piensas de mí tan mal? La sangre se me arde al pensar que por tus ridículos celos no son ahora felices los señoritos.

ROQUE. Yo no tuve la culpa. El amo me dijo unas cosas que me pusieron en cuidado. Además, si ustedes no se hubieran guardado tanto de mí, yo les habria ayudado en sus planes.

JUANA. ¡Como todos sabemos que no te opones á nada de lo que el amo quiere, aunque sea un disparate!

ROQUE. En eso obro como buen criado. Debemos ser agradecidos con los que nos dán de comer.

JUANA. Sí, pero tambien debemos socorrer al prójimo en sus necesidades. ¿Te parece justo que por un capricho estén separados dos esposos que se aman? ¡Bien ves lo que estamos pasando nosotros nada más que por tener que ocultar nuestro casamiento!

ROQUE. Tienes razon, mujer; pero lo hecho no tiene remedio. Lo que importa ahora es evitar que el amo se entere de que yo le dí los palos.

JUANA. Dále gracias á que estaban ustedes á oscuras y á que con el barullo que se armó el amo no se acordó al pronto de sus espaldas, que si nó....

ROQUE. ¡Y cómo gritaba! Es verdad que yo le dí con toda mi fuerza. A sus voces acudió toda la vecindad y sujetó á los fugitivos en la puerta de la calle.

JUANA. ¡Pero mira el sereno, que las más de las noches se las pasa durmiendo, qué listo estuvo para venir cuando no hacia falta!

ROQUE. ¡Que cuando el diablo se empeña en desbaratar una cosa, hasta los serenos cumplen con su obligacion! Y lo que es yó, para evitar otro lio, en cuanto tenga ocasion le descubro que estamos casados.

JUANA. Y nos echará de su casa. En fin, sea lo que tú quieras, pero yá que por tu culpa se llevó la trampa un plan tan bien combinado, procura ahora, al ménos, ayudarnos en lo que puedas.

ROQUE. ¿Y á tí quién te mete en los negocios de otro?

JUANA. ¿No querias que me metiera, si el señorito Enrique me amenazó con decirle á su tio que estábamos casados?

ROQUE. ¿Y por dónde diablos lo habrá sabido?

JUANA. ¡Toma! Que estaba escondido en ese ropero anoche, cuando tú te empeñastes en abrazarme.

ROQUE. ¡Bien dicen, que no sabemos nunca de quién tenemos que guardarnos, y que las paredes tienen oidos! ¡Nosotros que creiamos estar solos!

JUANA. Ahí verás tú. ¡Y gracias que no te se antojó nada más que abrazarme!

ROQUE. Tienes razon, mujer.

ESCENA II.

DICHOS y LUISA.

LUISA. Hola, señores, buenos dias. ¿Y mi papá?

JUANA. A misa salió ahora poco.

LUISA. ¿Y se ha sabido al fin qué fué del señorito Enrique?

ROQUE. En ese cuarto le dejó encerrado el amo, con expresa prohibicion de que le deje salir ántes que él vuelva.

LUISA. ¿Pero yo creo que tú no tratarás de cumplir estrictamente esa órden?

ROQUE. ¿Si usted me manda lo contrario...?

JUANA. A la vista está. Vamos, dame la llave de ese cuarto y véte allá fuera, para que si el amo vuelve de pronto no nos sorprenda.

ROQUE. Ahí vá la llave. Pero compónganse ustedes de modo que el amo no me riña luégo. *(Dá la llave.)*

LUISA. Pierde cuidado. Yo diré que has obedecido mis órdenes. *(Se dirige á la puerta de la izquierda y la abre.—Se vá Roque y sale Enrique.)*

ESCENA III.

JUANA, LUISA y ENRIQUE.

LUISA. ¡Enrique! ¿Yo creí que habias tenido tiempo de huir anoche, enmedio del barullo que se armó?

ENRIQUE. No me fué posible hacerlo, Luisa mia. Tu padre me encerró en ese cuarto y ahí he estado desde las ocurrencias de anoche.

JUANA. ¿Pues habrá usted pasado una noche divertida?

ENRIQUE. ¡Figúrate tú! Cerca de mi mujer, pero separado de ella, y sin cama donde acostarme. ¡El suplicio de Tántalo, hija!

LUISA. ¡Pobre Enrique! ¿Y qué piensas que hagamos ahora?

ENRIQUE. Una cosa muy sencilla. En viniendo mi tio, le digo muy clarito que no me acomoda el género de vida que me ha impuesto.

JUANA. ¿Y si á pesar de esas quejas, no consiguen ustedes nada?

ENRIQUE. A última hora arrostro por todo, con tal de no estar más tiempo separado de mi Luisa.

LUISA. ¿Pero con qué medios cuentas para conseguirlo?

ENRIQUE. Con uno muy sencillo. Haré valer mis derechos ante los tribunales.

LUISA. Sentiria que la justicia interviniera en nuestros negocios. Esa determinacion no puede llevarse á cabo sin producir algun escándalo.

JUANA. Sin embargo, más vale eso que estar viviendo separada de su marido.

LUISA. Es verdad. Y tú, Juana, ¿qué piensas hacer si nosotros nos vamos?

JUANA. Yo no me separo de ustedes por nada del mundo. ¡De todos modos no tengo más remedio que dejar esta casa!

CANUTO. *(Dentro.)* Roque, ¿está el almuerzo?

LUISA. ¡Mi padre! ¿Te vuelves al cuarto, Enrique?

ENRIQUE. Sí; enciérrome de nuevo. No quiero que mi tio sepa he hablado contigo. Está preparada para seguirme cuando llegue la ocasion. Adios. *(Entra.)*

LUISA. Descuida, que por mí no ha de quedar. *(Cierra la puerta del cuarto y pone la llave en el velador.)*

ESCENA IV.

LUISA, JUANA y CANUTO.

CANUTO. *(Entrando.)* En la vida me ha parecido la misa tan larga como hoy. ¡Hola! ¿están ustedes aquí?

LUISA. Buenos dias, papá.

JUANA. Señor.... *(Saludándole.)*

CANUTO. ¿Has descansado, Luisa?

LUISA. Sí, señor; ¿y usted, papá?

CANUTO. Así así. Dáme la bata, Juana. Pero no tengas cuidado, que yá pagará ese pícaro lo que me ha hecho sufrir.

JUANA. *(Dándole la bata.)* Tome usted, señor.

CANUTO. *(Se quita la levita y se pone la bata.)* ¡Un terrible castigo le espera á ese infame!

JUANA. ¡Ay, señor, me asusta usted con ésas palabras! *(Toma el sombrero que le dá Canuto, y con la levita lo pone sobre la cama.)*

CANUTO. *(Ap. á Juana.)* ¿Te asusto yó, morenita?

LUISA. Pero papá, ¿qué ha hecho Enrique para tanto castigo?

CANUTO. ¡Ahí es nada! Huir contigo á media noche.

LUISA. Pero señor, si es mi marido, ¿qué tiene de particular?

CANUTO. ¡No hay marido que valga, miéntras yo esté viudo! *(Pone el baston sobre la cama y se cala el gorro.)*

JUANA. Pero señor, ¿tiene usted más que casarse y dejarnos descansar á todos?

CANUTO. *(Ap. á Juana, muy cariñoso.)* ¡Picarona! ¡Bien sabes tú que eso pende sólo de tu voluntad!

JUANA. *(Ap. á Canuto.)* ¿Volvemos á lo de anoche, señor?

CANUTO. ¡Calla, infeliz! Mañana mismo ha de quedar terminado nuestro asunto.

JUANA. *(Como ántes.)* Por mí, lo está desde hoy, porque con usted no me he de casar, por todo el oro del mundo.

CANUTO. *(Muy enfadado.)* ¡Calla, lengua viperina! ¿No sabes lo que padece mi tierno corazon oyendo esas cosas?

LUISA. ¿Por qué le riñe usted á Juana, papá, si está inocente de todo?

CANUTO. ¿Que por qué le riño? ¡Tú no sabes lo....! *(Transi-*

cion.) Mira, y será mejor que no lo sepas. Véte á tu cuarto.

LUISA. ¿Pero señor....?

CANUTO. Nada, nada; á tu cuarto.

LUISA. Pues dígame usted lo que piensa hacer con mi marido.

CANUTO. ¡Silencio! Véte y no salgas de tu habitacion, miéntras yo no te llame.

JUANA. ¿Y á mí, señor, no me lo quiere usted decir tampoco?

CANUTO. *(Muy tierno y queriendo tomarle una mano.)* ¡Tú, tortolita mia, eres dueña hasta de mi vida!

JUANA. *(Rechazándolo.)* Quite usted, señor; usted no repara en nada. *(Señalando á Luisa.)* ¡Cómo se ponen estos viejos cuando están enamorados! *(Ap.)*

CANUTO. *(Ap. á Juana.)* Es verdad, morena. Tus ojos me lo hacen olvidar todo. *(Alto.)* Mira, díle á Roque me traiga el almuerzo. Y tú, Luisa, á tu cuarto, y cuidado con salir de él sin mi permiso. *(Se van los dos.)*

ESCENA V.

CANUTO.

(Se sienta en la butaca.) ¡Ajajá! ¡Todavía me duele todo el cuerpo de la jarana de anoche! ¡Vaya una noche divertida que me ha dado mi dichoso sobrino! ¡Y gracias que no pudo salirse con la suya de llevarse á mi hija! ¡Y qué fresca se iba la buena de Luisa con él! ¡Qué juventud más extragada! Pero no tiene la culpa mi pobre hija, sino ese bribon, que la tiene embaucada con sus derechos de esposo. Pero bien caro pagará su atrevimiento. Allí lo tengo encerrado *(Señalando al cuarto)*, de donde no saldrá sino para ir donde yo me sé. Y gracias que á las voces y al estrépito que se armó, los vecinos y el sereno sujetaron á los fugitivos á la puerta, que si nó..... ¡Luégo dirán que no es conveniente la institucion del cuerpo de serenos!..... ¡Hasta á la inocente Juana habia logrado engañar ese belitre! ¡Ah, sobrino infame! ¡Haberme hecho perder una noche dedicada á dulces coloquios de amor!..... Lo que no he podido averiguar, es quién fué el que me dió los palos. Pero todo lo pagará mi sobrino. Pensemos ahora en almorzar, para recobrar las fuerzas perdidas. ¡Roque! ¡Roque! ¿En qué diablos estará entretenido ese muchacho, que no me trae el almuerzo?

ESCENA VI.

CANUTO y ROQUE.

ROQUE. *(Entrando.)* ¿Llamaba usted, señor?

CANUTO. Sí, hombre; ¿por qué no me traes el almuerzo?

ROQUE. ¡Como usted no le dijo á Juana lo que queria tomar!

CANUTO. Díle que me prepare lo diario, pero abundantemente, que hoy vá á ser gran dia en esta casa.

ROQUE. Asi se hará, señor. Y ¿cómo se siente usted después de la jarana de anoche?

CANUTO. Mal, hijo, muy mal. Las espaldas me queman todavía con los palos que recibí. Pero yá me vengaré del que me los dió.

ROQUE. *(Asustado y ap.)* ¡Dios mio! *(Alto.)* ¿Y ha averiguado usted quién fué el atrevido, que...?

CANUTO. Nó, Roque, pero su dia llegará.

ROQUE. *(Ap.)* ¡Dios mio, que se quede sordo ántes que le digan mi nombre!

CANUTO. En fin, díle á Juana que prepare cuanto ántes el almuerzo, que los duelos, con pan son ménos.

ROQUE. ¿Y el prisionero, no almuerza?

CANUTO. En eso estaba pensando. ¡No estará de más que Juana le prepare alguna cosa!

ROQUE. Está bien, señor. Voy corriendo.

CANUTO. Adviértele que sea un buen almuerzo, por si es el último.

ROQUE. ¡Demonio! ¿Piensa usted matar al señorito?

CANUTO. Calla, animal. ¿Habia yo de derramar mi propia sangre? Lo que quise decir fué que quizás sea el último que haga en esta casa.

ROQUE. Pues ¿dónde piensa V. mandarlo?

CANUTO. ¡Ahí es nada! Lo voy á mandar á la Habana con un hermano mio, que ejerce allí la noble profesion de veterinario.

ROQUE. ¡Pues estará bueno un médico....!

CANUTO. Allá se sale, Roque. No te admires de nada en este mundo. Pastores se han convertido en reyes. ¿Qué tiene de particular que un médico se convierta en albéitar?

ROQUE. No entiendo esas historias. Lo que digo es que no tendrá usted corazon para hacer eso con su sobrino.

CANUTO. ¿Que nó? Yá lo verás. Y no sólo eso, sino que pienso meter á Luisa en un convento, para evitar que su marido vuelva á seducirla.

ROQUE. ¿Y qué vá usted á hacerse solo en el mundo?

CANUTO. ¿Solo? Yá te se ha olvidado lo que te dije anoche, de que pienso casarme.

ROQUE. Apropósito; no puedo convencerme que se quiera usted casar con Juana, á pesar de todo.

CANUTO. ¿Apesar de todo? ¿Qué quieres decir con eso?

ROQUE. Si usted me vá á pegar como anoche, no digo nada.

CANUTO. *(Ap.)* Yá comprendo el objeto de su apropósito. *(Alto.)* ¡En verdad que no te pagué aquellos palos segun teniamos convenido! ¡Toma, hombre! *(Le dá un napoleon.)*

ROQUE. Yo no quiero dinero. Estamos tratando de una cosa que me toca al alma. ¿Cree usted que con un napoleon se arregla todo en el mundo? *(Rechaza.)*

CANUTO. Pero hombre, ¿por qué te afectaron más aquellos palos que los otros?

ROQUE. Si usted me hubiera escuchado entónces, yá estaria enterado de todo. Usted no puede casarse con Juana, miéntras que yo.....

CANUTO. Mira, ¿volvemos á las andadas? Véte, ó te rompo una costilla.

ROQUE. ¡Pero señor, óigame usted, que yo llevo la razon!

CANUTO. No oigo nada. Estoy resuelto á casarme con Juana y lo haré por cima de todo el mundo; ¿me entiendes?

ROQUE. Pero señor, mire usted que lo que quiere es una barbaridad.

CANUTO. ¿Todavía? ¡Véte, Roque, véte ó hago un disparate! *(Cogiendo el baston.)*

ROQUE. ¡Santa Bárbara! El amo se pone rabioso en hablándole de Juana. ¡Salvemos el pellejo! *(Huye.)*

CANUTO. ¡Roque! el almuerzo cuanto ántes y silencio.

ROQUE. Voy corriendo, señor. *(Ap.)* ¡En la primera ocasion me voy con Juana de esta casa! *(Váse.)*

ESCENA VII.

CANUTO, y á poco ENRIQUE.

CANUTO. ¡Pues no se pone poco pesado el tal Roque en hablándole de mi boda! Vamos ahora á ver á este caballerito. Salga usted, señor don Juan Tenorio. Tenemos que hablar muy despacio acerca de su conducta.

ENRIQUE. Antes advierto á usted que no como desde ayer por la mañana, y que no hablaré una palabra miéntras tenga el estómago vacío.

CANUTO. ¿Conque tienes hambre, eh? ¿Y si yo no quisiera darte de comer?

ENRIQUE. Lo buscaría yó. Afortunadamente conozco toda la casa, y sé el camino de la cocina.

CANUTO. ¿Me desafias, pícaro?

ENRIQUE. Nó señor; lo único que deseo es que usted se convenza de que hablamos de potencia á potencia.

CANUTO. Calla, belitre. Un castigo horroroso será el premio de tus hazañas.

ENRIQUE. ¡Bah, bah, bah! *(Con indiferencia.)*

CANUTO. ¿Te burlas de mí? Pues yá nos verémos. Puede que no tardes cinco minutos en caer á mis piés, cuando sepas lo que te aguarda.

ENRIQUE. ¡Mire usted no se cambien los papeles!

CANUTO. ¿Te atreves á amenazar á tu tio?

ENRIQUE. Nó señor; únicamente me defiendo de los ataques de usted.

CANUTO. Pues sabe que nada me hará retroceder de la línea de conducta que me he trazado para contigo.

ENRIQUE. Mire usted no le pese cuando yá no tenga remedio, tio.

CANUTO. ¿Qué podrás tú hacer contra mí?

ENRIQUE. Mire usted, ahora voy á salir.

CANUTO. ¡Yo te lo prohibo!

ENRIQUE. Apesar de eso saldré, y le diré á todo el mundo que anoche le dieron á usted un atraque por enamorado.

CANUTO. *(Con sorpresa y enojo creciente hasta el fin.)* ¡Calla, desgraciado, y respeta los secretos de familia! ¿Quizás serías tú el que me lo dió?

ENRIQUE. *(Aumentando su calma é indiferencia, en contraste con su tio.)* Si señor. Quise evitar una escena impropia de sus años.

CANUTO. ¡Y con qué desvergüenza lo dice!

ENRIQUE. Luégo diré, que más tarde llevó usted unos cuantos palos por lo mismo, por enamorado; y que esa fué la causa del escándalo que hubo.

CANUTO. ¡Cierra ese pico, tunante, y no propales las flaquezas del prójimo!

ENRIQUE. Le advierto á usted que los palos no se los dí yó.

CANUTO. ¿Pues quién fué el atrevido....?

ENRIQUE. Yá parecerá. Si todo lo dicho no surte efecto, contaré que usted me tiene separado de su hija porque tiene envidia de que los demás gocen de lo que á usted le está prohibido por su edad.

CANUTO. ¡Eso lo verémos!

ENRIQUE. Eso está yá visto. Juana, ni puede ni quiere casarse con usted.

CANUTO. ¿Y por qué?

ENRIQUE. Tambien se sabrá á su tiempo. Por último, si no logro que usted ceda de su manía, apesar de lo que lle-

vo expuesto, publicaré por todo el pueblo que usted la echa de pobre, y....

CANUTO. ¡Acaba!

ENRIQUE. Y que en el cajoncito de ese ropero hay lo que yo me sé.

CANUTO. ¡Infeliz! ¿Quieres perderme? Tú no sabes nada.

ENRIQUE. Se equivoca usted, tio. Yo sé que allí tiene usted guardados diez mil duros.

CANUTO. ¿Pero sobrino, tú te has propuesto matarme á disgustos?

ENRIQUE. El que se ha propuesto acabar conmigo es usted, segun lo que pretende.

CANUTO. ¿Y no tendrás piedad de tu tio?

ENRIQUE. Sí señor. Con que usted me deje vivir con Luisa, y nos entregue ese piquillo del ropero para bandearnos....

CANUTO. ¡Eso, jamás!

ENRIQUE. *(Decidido, pero con moderacion.)* Pues tio, que usted lo pase bien. Ahora voy á casa de un escribano, á extender una exposicioncita, en la que haré presente á un juez la tiranía que usted ejerce sobre nosotros, por no entregarnos la legítima de mi difunta suegra; y si dentro de diez minutos no se presenta usted mismo allí, accediendo á todo lo que deseo, procedo contra usted judicial y extrajudicialmente sin consideracion de ningun género. *(Saluda y se vá.)*

ESCENA VIII.

CANUTO.

¡Y lo hará como lo dice! *(Llamando á la puerta del fondo.)* ¡Sobrino! ¡Enrique! ¡Nada.... se fué! Soy el hombre más desgraciado qne hay sobre la tierra. ¡Vea usted lo que sucede por hacer uno las cosas á la buena de Dios y sin tomar precauciones! ¡Bien me lo decia Juana! ¡Señor, que se ván á enterar! Y yo, nada, siempre firme. Ese chico sabe todos mis secretos y se arma de ellos para hacerme acceder á sus exageradas pretensiones. ¡Ay, Canuto, Canuto; no es la vida tan agradable como tú te habias figurado! *(Empieza á pasearse con mucha precipitacion.)* ¿Y qué hago ahora? No tengo más remedio que consentir en todo lo que quiere. ¡Voto al demonio! ¿que tenga yó que sucumbir á ese badulaque?

ESCENA IX.

CANUTO, paseándose muy agitado, y ROQUE con una batea en que traerá el almuerzo.

ROQUE. Aquí está el almuerzo, señor.

CANUTO. ¡Véte al infierno con él! ¡Bueno estoy yó para almuerzos!

ROQUE. Pero ¿qué tiene usted, señor, que está tan sofocado?

CANUTO. *(Siguiendo en sus paseos y sin reparar más en Roque.)* ¡Infame! ¡atreverse á obrar así conmigo!

ROQUE. ¡Pero señor....! *(Ap.)* ¿Si le habrán dicho que yo le dí los palos?

CANUTO. ¡Habiendo hecho por él tanto bien en este mundo!

ROQUE. *(Ap.)* Lo dicho; ¡yá se lo han contado!

CANUTO. ¡Pícaro! ¡Sin tener en cuenta mi edad y mis achaques!

ROQUE. ¡Mire usted, señor, que estábamos á oscuras y no sabía dónde daba!

CANUTO. ¡Y para esto le dí mi pan tantos años y lo hice hombre!

ROQUE. ¡Es verdad! ¡perdóneme usted! ¡Si yo hubiera sabido quién era....! *(Se arrodilla, conservando la batea.)*

CANUTO. *(Se aproxima á la cama, toma la levita y se quita la bata.)* Dáme el baston, Roque.

ROQUE. Pero señor, ¿no le he dicho que no sabía dónde daba?

CANUTO. *(Suelta la levita y se vuelve á poner la bata.)* ¡Vivo! ¿No me oyes?

ROQUE. ¡Tenga usted presente que no le dí más que dos palos, y nó fuertes!

CANUTO. *(Reparando en Roque.)* ¿Pero qué haces de ese modo, imbécil?

ROQUE. ¡No me levantarán de aquí si no me perdona usted la equivocacion!

CANUTO. ¿Cuál, desgraciado? *(Mirando el reloj.)* ¡Dios mio! ¡Yá ván pasados seis minutos! *(Se pone el sombrero encima del gorro.)* Dáme el baston, Roque.

ROQUE. ¡Perdon, señor! ¡Yo le prometo á usted no pegarle más en toda mi vida!

CANUTO. ¡Cómo! ¿fuistes tú? Apropósito me coges. *(Mira al rededor, ve el baston, lo coge y dá un palo á Roque que, levantándose, pone por delante la batea con el almuerzo, rompiéndose todo, y corriendo él.)*

ROQUE. ¡Perdon, señor, perdon!

ESCENA X.

DICHOS y JUANA.

JUANA. Pero, señor, ¿qué pasa aquí? ¿qué jarana es esta?

ROQUE. *(Parándose detrás de Juana.)* Que el amo ha tomado la mala maña de pegarme por cualquier friolera.

CANUTO. ¿Llamas á eso una friolera? *(Parándose y blandiendo el baston.)*

JUANA. Pero ¿qué es ello? *(Reparando en lo roto.)* ¡Jesus! Los platos rotos; el almuerzo por el suelo. ¡Esmérese usted para esto! *(Lo recoge todo en la batea.)*

CANUTO. ¡Todo eso es poco para lo que debia estar sucediendo!

JUANA. Pero ¿podré saber....?

ROQUE. *(Empujándola para que se vaya.)* No es preciso. Véte á la cocina.

CANUTO. Al contrario; Juana es la primera que no debe ignorarlo.

JUANA. *(Á Canuto.)* Señor, ¿quiere usted acabarme de decir lo que sea?

CANUTO. *(Con mucha gravedad.)* ¡Que todo se sabe en este mundo!

JUANA. *(Resuelta.)* Me alegro; con eso dejará usted de perseguirme.

CANUTO. ¿Cómo? ¿Qué significa....?

ROQUE. *(Apresurado.)* Nada, señor, nada. Véte, Juana. *(Ap.)* ¡A buena hora le vá á descubrir nuestra boda!

CANUTO. ¿Cómo nada? ¡Nó señor; yo quiero saber lo que me ha querido significar con esas palabras!

ROQUE. *(Ap.)* ¡Ésta lo vá á echar todo á perder!

JUANA. *(Poniendo la batea sobre el velador.)* Es muy sencillo. ¿No dice usted que lo sabe todo? Pues bueno, con eso verá que estando casada con Roque, no puedo acceder á sus pretensiones.

CANUTO. ¡Canastos! ¿Qué has dicho, muchacha? *(Mirando el reloj.)* ¡Y no faltan más que dos minutos!

JUANA. Lo que usted oye. Hace tres meses que nos casamos por delante de la iglesia y á la antigua.

CANUTO. ¡Santo Cristo! ¡Esto sólo me faltaba! *(Amenaza á todos con el baston, ellos huyen por el fondo, y Canuto los sigue dando palos sin ver á un lado y otro.)* ¡Fuera todos de mi casa! ¡Al momento! *(Mirando el reloj.)* ¡Un minuto! ¡Corramos si aún es tiempo de evitar un escándalo! *(Váse.)*

ESCENA XI.

LUISA.

¡Dios mio! ¡qué escándalo! ¡qué voces! ¿Qué habrá pasado aquí? *(Mirando al velador.)* ¿Qué veo? ¡Los platos rotos y el almuerzo esparcido por el cuarto! Llamaré á Juana para que me entere de lo que ha sucedido. *(Al fondo.)* ¡Juana, Juana!

ESCENA XII.

JUANA y LUISA.

JUANA. ¡Ay señorita! ¿Usted no sabe lo que pasa?

LUISA. Nó, y para eso justamente te he llamado.

JUANA. ¡Pues bien, su padre de usted está rabiando!

LUISA. ¡Cómo! ¿qué dices?

JUANA. Lo que usted oye. Nos acaba de despedir de su casa á Roque y á mí.

LUISA. Algo habrán hecho ustedes para ello.

JUANA. ¡Y tanto! Hace tres meses que me casé con Roque y hasta ahora no lo ha sabido.

LUISA. ¡Comprendo bien su furor entónces! ¡Pobre padre mio! No ha logrado su intento de vivir entre solteros. Y de Enrique ¿qué sabes?

JUANA. Nada puedo decirle á usted.

LUISA. Pues llama á Roque á ver si él sabe su paradero.

JUANA. *(Asomándose á la puerta.)* Justamente aquí viene.

ESCENA XIII.

DICHAS y ROQUE.

ROQUE. Vengo á despedirme de usted, señorita. El amo nos ha despedido.

LUISA. ¡Yá me lo ha dicho Juana! Dime ¿y el señorito Enrique está en casa ó fuera?

ROQUE. Yo creo que ha salido, y si es así más vale que no vuelva, pues el amo no piensa obrar muy bien con él, segun me ha dicho.

JUANA. Explícate, hombre, con claridad.

ROQUE. Pues bien; sepan ustedes que el amo piensa mandar al señorito á América, de albéitar de un hermano suyo.

JUANA. ¡Jesus, qué barbaridad! Eso es imposible.

ROQUE. ¿Cómo imposible? Así me lo dijo hace poco. Y nó sólo eso, sino que tambien piensa meter á la señorita en un convento, para que su marido no la vuelva á ver.

LUISA. ¿Á mí? ¿A una mujer casada? Eso sí que no lo sufriré yo. Enrique hará valer sus derechos ante los tribunales y verémos quién vence.

JUANA. Eso es, nos quejarémos á la justicia de los caprichos de su padre de usted.

ROQUE. Y de los palos que á mí me ha dado.

LUISA. Corriente: pero para todo eso necesitamos saber el paradero de Enrique.

JUANA. Es cierto; pero ¿cómo averiguarlo?

ROQUE. Yo me comprometo á buscarle por todas partes hasta dar con él.

LUISA. ¡Silencio! ¡siento pasos! ¿quién será?

JUANA. *(Se asoma á la puerta y vuelve.)* ¡Dios mio! Son el amo y don Enrique.

LUISA. ¿Por dónde habrán entrado?

ROQUE. Como el amo salió tan sofocado, se le olvidaria cerrar la puerta.

ESCENA ÚLTIMA.

TODOS.

CANUTO. *(Traerá á Enrique cogido por una oreja y le soltará al llegar frente á Luisa.)* Ahí tiene usted, señor sobrino, á su mujer. Váyase con ella bendito de Dios á donde le parezca. En cuanto á lo otro, puede decirme la hora y el sitio en que se lo he de entregar.

LUISA. ¿Qué dice usted papá? ¿Será usted capaz de separarse así de su única hija, sabiendo lo que le ama?

CANUTO. Tú lo has querido. Entre tu primo y yo no hay término medio.

ENRIQUE. ¿Por qué, tio? Á usted le queria como á padre y á mí como á marido.

CANUTO. Yá no es posible, sobrino. Tus desmedidas exijencias han roto el lazo que nos unia.

LUISA. ¿Y se vá usted á quedar solo?

CANUTO. *(Mirando á Juaua.)* No habrá otro remedio. ¡Esa picara ha muerto la única ilusion que alegraba mi vida!

JUANA. Señor, usted ha tenido la culpa. ¿Por qué esperó usted hasta tan tarde? Al que no habla, Dios no lo oye.

CANUTO. ¡No en balde mi sobrino me charló tanto ántes!

ENRIQUE. En fin, tio; yá esto no tiene remedio. Á lo hecho pecho. Perdónenos usted á todos y juntos seguirémos viviendo hasta que Dios disponga otra cosa. Yo renuncio á todo aquello que no sea vivir léjos de mi Luisa, muy gústoso si con ello puedo complacerle á usted.

CANUTO. ¿Qué dices á esto, Roque?

ROQUE. Que con tal de no separarme de usted me dejo dar dobles palos de los que acostumbra á regalarme, sin interés de ninguna especie, siempre que me prometa no volverse á ocupar más de Juana.

JUANA. ¡Consienta usted en todo, señor, que en el mundo es bueno hacer de la necesidad virtud!

LUISA. ¡Ande usted, papá! ¿Con quién mejor ha de vivir usted que con sus hijos?

CANUTO. ¿Y pudieron ustedes creer que me sería posible vivir separado de vosotros? ¿Qué padre, á no tener corazon de hiena, puede abandonar á sus hijos? Los disgustos que he pasado, bien merecidos los tengo, por ser caprichoso y egoista: y al fin no he conseguido mi deseo de vivir entre solteros, miéntras estuviera viudo. Y tú, Roque, vive desde ahora con toda tranquilidad, que soy demasiado buen cristiano para ocuparme de la mujer de mi prójimo. Con vosotros me quedaré; mas soy viejo y el invierno se presenta frio. Permítanme ustedes que ántes de retirarnos vea si entre estas señoritas encuentro alguna que me quiera por marido. *(Al público.)*

Señoras, si un buen esposo
Quiere alguna, bien sabeis
Que este anciano que aquí veis,
Por casarse está furioso.
¿Estaré yo haciendo el oso? *(Á los actores.)*
Cosas propias de mi edad.
¿No me quereis? dispensad; *(Al público.)*
Mas que no escuche un silbido,
Sino aplausos, que los pido
Con mucha necesidad.

FIN DE LA COMEDIA.